

ISSN 1852-8783

SOCIEDADES de PAISAJES ÁRIDOS y SEMI-ÁRIDOS

*Revista Científica del Laboratorio de Arqueología
y Ethnohistoria de la Facultad de Ciencias Humanas*

Año II / Volumen II / Junio de 2010



Universidad Nacional de Río Cuarto

ISSN 1852-8783

REVISTA SOCIEDADES DE PAISAJES ÁRIDOS Y SEMIÁRIDOS
Año II / Volumen II / Junio de 2010

Directoras

Ana María Rocchietti / Marcela Alicia Tamagnini

Comité Editor

Secretario: Juan Manuel Chavero
Alicia Lodeserto, Ernesto Olmedo, Graciana Pérez Zavala, Flavio Ribero

Consejo de Redacción

Yanina Aguilar, Yoli Martini, Martha Villa, Laura Gili, Martha Tigier

Colaboradores

Paula Altamirano, José Luis Torres, Daniela Castro Cantoro, Gustavo Torres, Mariano Yedro, Federico María, Arabela Ponzio, Juan Testa, Jessica Díaz, Esteban Videla, Mauricio Saibene

Comité Científico

Antonio Austral (Universidad Nacional de La Plata); Rafael Curtoni (Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires); Alejandro García (Universidad Nacional de San Juan); Emilio Eugenio (Universidad de Buenos Aires); Rolf Foerster (Universidad de Chile); Facundo Gómez Romero (Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires – CONICET); Arno Álvarez Kem (Universidad Federal de Porto Alegre, Brasil) César Gálvez Mora (Instituto Nacional de Cultura, Departamento de La Libertad, Perú), Carlos Pérez Zavala (Fundación Intercambio Cultural Alemán-Latinoamericano, Río Cuarto); Víctor Pimimchumo (Instituto Nacional de Cultura-Dirección Regional de Cultura, La Libertad, Perú); Racso Fernández (Investigador Auxiliar Instituto Cubano de Antropología, Grupo Cubano de Investigaciones de Arte Rupestre); Ludgarda Reyes (Universidad Privada Franz Tamayo, Perú)

Evaluaron este volumen

Nidia Areces (Universidad Nacional de Rosario, Argentina) – Leonel Cabrera (Universidad de la República, Montevideo, Uruguay) - Margarita Gascón (CONICET – INCIHUSA, Mendoza, Argentina) - María Mercedes González Coll (Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, Argentina)

Diseño de Tapa:

Juan Chavero

Diagramación Interior:

Germán Sabena

Curadoría:

María Cecilia Stroppa (Universidad Nacional de Rosario - CIUR)

Supervisión Gráfica del volumen:

Cecilia Grazini

Propietario Responsable:

EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE RÍO CUARTO

Ruta Nac. 36 Km. 601 / (X5804) / Río Cuarto / Argentina
Tel.: 54 (0358) 467 6332 / Fax: 54 (0358) 468 0280 / E-mail: editorial@rec.unrc.edu.ar
Web: <http://www.unrc.edu.ar>

UNIVERSIDAD NACIONAL DE RÍO CUARTO / FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

Laboratorio de Arqueología y Etnohistoria
Ruta Nac. 36 Km. 601 / (X5804) / Río Cuarto / Argentina el: 54 (0358) 467 6297 / Fax: 54 (0358) 468 0280
Contacto: revista.laboratoriounrc@gmail.com

Decreto-Ley 6422/57 de Publicaciones Periódicas.

ÍNDICE GENERAL

REVISTA SOCIEDADES DE PAISAJES ÁRIDOS Y SEMIÁRIDOS
AÑO II / VOLUMEN II / JUNIO DE 2010

NOTA A LOS LECTORES	11
EDITORIAL	13

RELACIONES INTERÉTNICAS

LA ADMINISTRACIÓN BORBÓNICA Y SU POLÍTICA DIPLOMÁTICA DE FRONTERA. FRONTERA SUR DE LA GOBERNACIÓN INTENDENCIA DE CÓRDOBA EN EL PRISMA DEL TRATADO CON RANQUELES EN 1796	17
María Elizabeth Rustán	
MOVILIZACIÓN EN LAS FRONTERAS. LOS PINCHEIRA Y EL ÚLTIMO INTENTO DE RECONQUISTA HISPANA EN EL SUR AMERICANO (1818-1832)	39
Carla G. Manara	
LA HISTORIOGRAFÍA MILITAR DE FRONTERA	61
Ernesto Olmedo	
EL DESIERTO INACABABLE Y UNA HISTORIA SUDAMERICANA	75
Ana María Rocchietti	
POLÍTICAS DEL ESTADO INDIGENISTA Y POLÍTICAS DE REPRESENTACIÓN INDÍGENA: PROPUESTAS DE ANÁLISIS EN TORNO AL CASO NEUQUINO EN TIEMPOS DEL DESARROLLISMO	85
Diana Lenton	
DEBATES Y REFLEXIONES SOBRE LA PREEXISTENCIA MAPUCHE TEHUELCHÉ: SENTIDOS DE PERMANENCIA Y CONTINUIDAD EN LA NOCIÓN DE TERRITORIALIDAD	109
Ana Margarita Ramos	

AGENCIA Y POLÍTICA EN TRES CONFLICTOS SOBRE TERRITORIO MAPUCHE: PULMARÍ / SANTA ROSA-LELEQUE / LONKO PURRÁN	125
Walter Delrio- Diana Lenton- Alexis Papazian	

RESEÑAS

PATRIMONIO CULTURAL. PERSPECTIVAS Y APLICACIONES	148
Ana María Rocchietti, Yoli Martini y Yanina Aguilar	
LAS SOCIEDADES DE LOS PAISAJES ÁRIDOS Y SEMIÁRIDOS DEL CENTRO OESTE ARGENTINO	149
Yoli Martini, Graciana Pérez Zavala y Yanina Aguilar	
REVISTA ANUARIO DE ARQUEOLOGÍA	150
Ana María Rocchietti	

EL DESIERTO INACABABLE Y UNA HISTORIA SUDAMERICANA¹

*Ana María Rocchietti**

Resumen

La Frontera del Sur, en la Argentina, no fue simplemente una frontera. Su línea –irregular e imprecisa– fundó la Argentina moderna. Este trabajo se ocupa de aquellos cuyo destino fue signado por ella y su desaparición. La coherencia histórica de las identidades indígenas y las transformaciones en el uso de la tierra siguen operando como evocaciones de un trauma que no pudo ser saldado.

Palabras clave: Frontera – Desierto – tribus – nacionalidad

Abstract

South Frontier, in Argentina, was not simply a border. It founded modern Argentina. This work takes care of those whose destiny was signed by her and its disappearance. The historical coherence of the indigenous identities and the transformations in the soil use continue today operating like evocations of a *trauma* that could not be solved.

Key words: Border - Desert - tribes – nationality

Introducción

La Frontera –tema actualizado por la presencia y por la transgresión de las fronteras de nuestro tiempo– es una designación que abarca múltiples prácticas humanas, dotadas de contundencia histórica. La Frontera del Sur argentina fue

*Laboratorio de Arqueología y Etnohistoria, Dpto. de Historia, Fac. de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Río Cuarto. E-mail: anaau2002@yahoo.com.ar

un confín estabilizado durante mucho tiempo a partir del siglo XVIII y duró hasta la «limpieza» militar de las últimas tribus en la cordillera neuquina y rionegrina, acciones que tuvieron lugar hacia 1885. Esa *Frontera del Sur* que - cuando es derrotada marca el triunfo y la vigencia de la república y de la oligarquía argentinas, aún olvidada y materia de historiografía- sigue operando profundamente, inacabada y coherente a pesar de todo.

Voy a abordar esa dolorosa y compleja historia sudamericana desde la perspectiva del Desierto, vasta geografía natural y humana que abarcaba las pampas, y trataremos de extraer de esa experiencia intercultural algunas enseñanzas. Este estudio puede efectuarse tanto desde la Estancia como desde las Tolderías que se dispersaban en el Desierto. Si tomamos la primera, el análisis debería situarse en la temporalidad de los procesos de una construcción *nacional*. Si tomamos la segunda, transitaremos el examen de las relaciones sociales, de la ideología, de la cultura de los pueblos indígenas (a los que llamaremos *nacionalidades originarias*). Institución y cultura son objetos de investigación privilegiados por la antropología en la medida de la necesidad moderna del reconocimiento jurídico y cognoscitivo de los *Ethnos* demarcando una ciencia que se ocupara de ellos. La duración histórica institucionaliza las prácticas sociales estructurándolas, enmascarando y elaborando imaginariamente las condiciones históricas tanto del triunfo como de la derrota por los *winka* y por los *mapuce*. Por esa razón, la duración de la Frontera todavía no ha estallado: permanece larvada y perturbadora en la historia de los argentinos.

Los procesos de formación de ciudadanía han colocado a los individuos bajo la jurisdicción de un Estado (*moderno*) frente al cual lo político adquiere una relevancia inusitada porque nunca antes en la Historia los hombres estuvieron involucrados en vínculos de subordinación que, no obstante, aparecen como de naturaleza libre y dotada de voluntad autónoma y deliberativa. En cierto sentido, ésa fue la dirección que tomaron los acontecimientos de la Frontera y de su complemento, el Desierto. En ellos no estuvieron solamente los hombres y mujeres, en alguna medida, autónomos en relación con las estancias (los criollos) sino también los que conservaron hasta el final militar su independencia social y política (los indios). Todos fueron, finalmente, subordinados por la fuerza disciplinadora de la ganadería, la agricultura y la agroexportación.

En solo un siglo, el signo de las relaciones interétnicas entre indios y blancos se invirtió: los tratados de paz que habían administrado (con defectos) la convivencia, a partir de 1870, empiezan a manifestar que llegaría la «solución final» (Tamagnini y Pérez Zavala 2002).

La Frontera debía ser algo necesariamente provisorio. Como espacio escasamente administrado, permitió la existencia de hombres y mujeres cuyo lugar en

el mundo era el horizonte monótono de la llanura fértil hasta que se les impuso una nacionalidad bajo la cual no poseyeron derechos sociales y políticos sino hasta muy entrado el siglo XX.

La antropología nació en un espacio de poder preciso y en los saberes ideológicos generados por él: la *modernidad*. Enseña a ver al Estado *desde abajo*, es decir desde la mirada de aquellas etnicidades que aquél organiza y re-organiza, de los subordinados que gobierna y disciplina, de las clases sociales más sumergidas y de los que nunca alcanzarán a poseerlo a menos que se rompan las estructuras sociales e ideológicas. En síntesis, ésta es la situación inacabada e invisible de la Frontera del Sur argentino.

El fin de la Frontera

En el transcurso del siglo XIX, especialmente a partir de 1860, la Frontera del Sur (línea militar entre Bahía Blanca y Mendoza) pasó a ser un frente de avance territorial interno. Este hecho implicó muchas y a veces contradictorias consecuencias.

Por un lado significó fortalecimiento militar. Los pertrechos modernos y el cambio de las estrategias, desde una acción defensiva a otra ofensiva, dieron a los militares un rol político sobresaliente. En rigor, la mayoría de los comandantes eran también estancieros y las familias aristócratas reservaban siempre un hijo para la carrera de las armas, como lo demuestran las biografías de los más famosos. Uno de esos comandantes –el general Roca– iba a llegar a la Presidencia de la Nación y a liderar la «Organización Nacional». Por otro, la guerra del Desierto los tornó innecesarios como custodias de la Línea y los colocó en el desafío de otros roles. Sin embargo su influencia no cesó. Los turbulentos años posteriores a la crisis económica del 1890 y la puja por ampliar la base social del gobierno del país culminó con el golpe de Estado de 1930, iniciador de un ciclo extenso de dictaduras así como de la fuente de un movimiento militar populista, el cual habría de convocar a las masas desheredadas descendientes de indios y mestizos, al «pueblo argentino».

El final de la frontera se hizo por un avance masivo (la «Conquista del Desierto») desde varios puntos de su trazado. Fue quizá la única vez que se unificó, salvo por el lejano antecedente de la Campaña al Desierto de Rosas (1833) pero en aquellos tiempos la Línea era escasamente efectiva y de dudoso trazado. Antes habrían existido *muchas fronteras* por imperio de las condiciones locales en cada uno de sus tramos (ambientales, económicos y sociales) y de la historia de las provincias. Su efectiva desarticulación (en servidumbre con las distancias y de los transportes en un país enormemente vasto) hacía pensar a la intelectualidad de la época que su carácter más real era el de la ausencia de ley y orden. Éstos faltaban

pero más como *estado de excepción* (Agamben 2007), arbitrio sobre la vida desnuda de una población dominada.

Del otro lado estaban las *tribus*. Un conglomerado humano heterogéneo en orígenes pero uniforme en torno de la lengua de los *mapuce*, indios chilenos de potente ascendiente cultural y político, base de la única Confederación indígena que existió: la de Calfucurá. La conceptualización de este «a un lado y otro de la Frontera» fue sencillo: la civilización blanca era el resultado del sacrificio de sus pulsiones; las tribus araucanas expresaban –en cambio– las pasiones puestas en libertad porque carecían de cultura –creación humana que nos obliga a reprimir nuestros impulsos agresivos y el incesto– (Freud, 1930).

Razón económica y razón científica

En los años en los que la Frontera terminó, la economía internacional (por entonces no se la pensaba como mundial por las mismas razones que la Frontera no acaba de ser una: distancia y transporte) había madurado hacia el capitalismo, a cien años de la Revolución Industrial y del perfeccionamiento del Leviatán.

Marx describió bien el sistema: ganancia obtenida sobre el capital orgánico, plusvalía extraída al trabajo humano. Se trataba de un modo de producción que podía movilizar energía, modificar la naturaleza y realizar el poder creador de la Humanidad como nunca antes en la historia. Su precio era la tendencia a la disminución fatal de la tasa de ganancia por la necesidad de aumentar incesantemente el capital orgánico y por la existencia de competidores en el mercado. Por lo tanto, inauguraba una economía de incesante cambio tecnológico y de búsqueda de oportunidades de inversión y de extracción de valor. La propiedad privada era su instrumento fundamental.

Las pampas debían cambiar porque ya no bastaba el viejo régimen de servidumbre, monopolio y estancia de la era colonial española. Las fuerzas modernizadoras –materiales e ideológicas– habrían de re-estructurar el país lanzándose hacia el sur y hacia la cordillera acumulando tierra en detrimento del ganado, trasvasando valor desde éste a aquellas.

El arcaísmo fronterizo y las tribus obstaculizaban el pleno desarrollo de las fuerzas productivas. No podía intensificarse la explotación del trabajo (salvo por vía militar), no se podía prolongar la jornada de trabajo (fuente de plusvalía) ni deprimir el salario (otra fuente de plusvalía) ya que las relaciones contractuales que lo sustentaban no se verificaban en las comarcas fronterizas a no ser por las planillas de sueldos incumplidos que recibían los oficiales y soldados. Se trataba de un mundo rural, doméstico, rústico, basado en contraprestaciones. El Desier-

to era indomable, insujetable, pre-político. Solamente Mansilla iba a sentir –en París- nostalgia por él.

Las relaciones fundamentales eran todavía incompletamente capitalistas aún cuando los campos abastecían a las ciudades con artesanías fabricadas con lana, algodón, plumas de ñandú y algunos otros materiales, cueros, sal, carne y granos. Curiosamente, las fronteras pampeanas (Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba) y mendocinas fueron las tierras más económicamente activas desde 1850, por su fecundidad, por la escasa densidad de población y la poca tierra apropiada por entonces, en contraste con los campos antiguos del norte y nordeste de Buenos Aires (Djenderedjian 2008). Pero no había obreros en aquella Argentina, ni ejército industrial de reserva. Los habría a la par de la llegada de campesinos y obreros europeos. Todas las descripciones enfatizan la pobreza, el aislamiento y «barbarie» de estas sociedades.

¿Qué sociedades?

En primer lugar, eran sociedades de frontera: liminares, sometidas a doble autoridad (el comandante o jefe militar y el juez de paz), turbulentas, montañesas, despojadas de cultura material y de excedentes. Duraron cuatrocientos años. En segundo lugar, eran –en términos de capitalismo- de muy baja productividad. La vaquería primero, el hato mestizado después, el alambrado requerían nuevas técnicas de producción ganadera pero no implicó un avance en el ámbito de las variables de productividad. Sin embargo se plasmó una fantasía de tierra cuya riqueza sería inagotable, feraz. Un país en que siempre hay qué comer. Imaginario que se desmoronaría hacia 1920.

Los indios del Desierto formaban un conglomerado curioso, un mosaico todavía hoy casi incomprensible en su dinámica etnopolítica.

Un panorama, prudentemente investigado y sagazmente desagregado lo expone Bechis:

«[...] incluiré como mapuche a finales del siglo XVIII a los Araucanos, los Pehuenches propiamente dichos, los huilliches y los huilliches pehuenches aclarando que éstos últimos llegan al piemonte oriental de la cordillera.

Así, los ranqueles, aunque algunos de sus jefes como Carripilum y Yanquetruz hayan sido huilliches pehuenches, los tomaré como no mapuche. Igual haré con los Manzaneros y, por supuesto, con los pampas, serranos, tehuelches del norte y tehuelches propios.

De esta manera comenzamos el siglo XIX con huiliches valdivianos ya instalados como una cuña entre el río Salado de Buenos Aires y el río Colorado, con un territorio pampeano cuya lengua general, pero no única, era la «lengua de Chile», con una cordillera ocupada por pehuenches que se expandían por el sur de Mendoza y algunas parcialidades de dudosa afiliación que salpicaban las pampas» (Bechis 1998:140).

Cuando todo iba a empezar para terminar, como afirma Bechis (1998:157), ellos comenzaron a ideologizar la relación tierra-etnia.

Se trataba, pues, para los caóticos gobiernos de una república que no acababa de nacer, de disolver (en lo concreto y en su naturaleza) las sociedades locales dispersas a lo largo de la Línea y en los aduare. Esa era la razón económica.

A fines del siglo XIX, la sociología durkheimiana iba a imponer una noción que –sin preverlo– inspiró la perspectiva freudiana de la cultura: lo social tenía la propiedad de obligar a los individuos a comportarse de una manera determinada; esta fuerza era *sui generis* porque emergía de la asociación, del sistema de relaciones organizado que confiere a un agrupamiento humano una realidad que excede la simple suma de los individuos que la componen (Durkheim 1988). Esta concepción dista de ser liberal y describe la potestad autoritaria que tenían por entonces las naciones europeas en tránsito hacia el siglo XX. Sostiene Ogien (2008:22-23) que este enfoque tiene una tensión inicial: la vida colectiva organizada, que preexiste a las ideas que los seres humanos pueden hacerse de ella y que se encuentra en el origen de la obligación; requiere que la *asociación* transmute a los atributos de una *sociedad*, es decir, que no sea fortuita o puramente animal. Durkheim solucionaba este problema haciendo remitir las conciencias individuales a una conciencia colectiva. Descubrir este punto –sin importar la conclusión durkheimiana– es encontrar que la ciencia de la sociedad tiene un campo empírico doble. Por un lado debería estudiar las categorías de pensamiento que emergen en la vida en común y por otro explicar las formas de imposición social vinculándolas con el fin al que sirven en determinada sociedad. Ésta es la *razón científica* fundamental que dio base –una vez terminado el impulso evolucionista que colocaba al Desierto en la escala del salvajismo– a una etnología de las pampas cuya característica fundamental habría de ser el historicismo cultural, a veces inserto en estudios de comunidad (1940 a 1990). En la década de los años noventa del siglo XX se produjo, en la Argentina, un giro teórico de bastante magnitud ya que el punto de vista de los antropólogos empezó a tener como centro el estudio de la relación con el otro tal como ésta se construye en su contexto social a través de relaciones de alteridad y de identidad en continua recomposición:

«La lengua, el parentesco y las alianzas matrimoniales, las jerarquías sociales y políticas, los mitos, los rituales y la representación del cuerpo expresan el trabajo incesante de todas las sociedades por definir lo mismo y lo otro» (Augé y Colleyn 2005:19).

La consecuencia más importante de esta nueva lógica de la investigación es que el objeto epistémico *habla* y se manifiesta rebelde a la versión que la ciencia da sobre él y, apostando más fuerte, se niega a convertirse en tal objeto.

Los pobladores ignotos de la Frontera se hundieron en las masas emergentes de la modernización argentina descrita por Gino Germani en *Argentina, sociedad de masas* y por Hugo Rattier en el *Cabecita negra*. No tuvieron etnología sino sociología o –bastante después- antropología social.

La historia de las razones

Una de las afirmaciones de Freud en *El Malestar en la Cultura* es que la civilización no se puede construir sobre otros cimientos que no sean las ilusiones (para él, de todas las posibles, la fundamental era la religión).

Los *winka* post-Frontera construyeron un imaginario fundado sobre la fuerza del destino de grandeza de la Argentina, al cual habría que sacrificar a las masas. Los *mapuce* o tribus araucanizadas post-Frontera también las elaboraron: lo hicieron como época de la Perdición, a partir de la cual vivieron en las *reservas* [colonias] o como proletarios rurales y urbanos (Rocchietti 2008).

Estas ilusiones son profundamente políticas porque –en un caso- introdujeron los conflictos más crueles del siglo posterior y –en otro- la formación de coaliciones, todavía incipientes, de gente que se une por la *espiritualidad* mapuce y no por su nacionalidad pre-existente.

Los *mapuce* rurales viven hoy en una región petrolera. Desde 1932, la explotación del petróleo se modernizó y expandió hasta convertir al país en una reserva fiscal y entre los caminos, el tren y el petróleo se hizo una asociación productiva territorial, la cual promovió también una ideología nacionalista (Gorelik 1999) de acuerdo con la cual las antiguas tierras de los *mapuce* son un bien nacional, consustanciado con la Nación, con el recuerdo del llamado *Estado de Bienestar* y del desarrollismo aún a pesar de las consignaciones efectuadas en los noventa a empresas privadas. Ahora, entonces, la lucha principal de los *mapuce* se orienta hacia ellas. Saben que son un *pueblo* pobre que vive sobre un subsuelo rico. Alguna vez, antes de la derrota hablaban sobre un «nosotros» dual: *nosotros aborígenes* y *nosotros argentinos* (Cf. Delrío 2005:291) prescindiendo de una vocación de autonomía completa.

La etnización *mapuce* –aún entre sus dirigentes más activos- se debate entre la *gran nacionalización* (implica ser parte del pueblo argentino y reclamar por la no enajenación de la riqueza petrolera²) y la *nacionalización propia*, es decir, dirigir sus acontecimientos políticos y sociales hacia una autonomía indefinida todavía³.

La conciencia política *mapuce* no resiste la encrucijada de esa pretensión de autonomía indefinida (para la cual no se sabe ni cómo, ni cuál, ni dónde) por la sencilla razón que la profundidad de su derrota deviene de la Campaña del Nahuel Huapí, batida final que promovió una desterritorialización traumática (Rocchietti 2008)⁴. Si se piensa que en 1875, el jefe Sayhueque había enarbolado la bandera argentina en sus toldos del río Caefú se advierte la hondura del drama. El cacique fue llevado a Buenos Aires, haciendo escala en Junín de los Andes, en el fuerte Chacabuco, en el Fuerte Roca, en Carmen de Patagones y, por barco, a la ciudad cosmopolita. Es impreciso saber si la memoria colectiva *mapuce* tiene registro de estos acontecimientos y derroteros porque la escuela pública, la vergüenza, el racismo y la pobreza han desdibujado los sucesos, los tornaron imprecisos, vagos, al menos en el relato.

Una dimensión de no menor importancia es la pobreza *mapuce*. Rancière (2007:25) dice que hay política cuando «hay una parte de los que no tienen parte, una parte o un partido de los pobres». La política existe cuando el orden natural de la dominación es interrumpido por la institución de una parte de los que no tienen parte. Esta institución sería el todo de la política como forma específica del vínculo. La misma define lo común de la comunidad como comunidad política, es decir, dividida, fundada sobre una distorsión que escapa a la aritmética de los intercambios y las reparaciones. Al margen de esta institución no habría política. Y agrega:

«El litigio sobre la cuenta de los pobres como pueblo, y del pueblo como comunidad, es el litigio sobre la existencia de la política por el cual hay política. La política es la esfera de actividad de un común que no puede sino ser litigioso, la relación entre las partes que no son partidos y entre títulos cuya suma nunca es igual al todo» (Rancière 2007:29).

Esta proposición describe bastante bien la situación y los dilemas de estos vencidos ya no recordados como tales. El tiempo transcurrido atenta contra la reconstitución del *común* (salvo para los *mapuce* rurales) porque allí continúan constituyendo un *común etnológico*. Pero tanto entre ellos como en la ciudad el *común* se coaliga en torno al concepto de la confrontación de una espiritualidad con una sociedad nacional con la cual parcialmente también se reconocen, aunque no todos lo hacen.

Pero lo más sobresaliente de este proceso «moderno» es su calidad de *ruptura* en tres sentidos: de situación, de valor y de práctica. Aquellos individuos que se

reconozcan en ella entrarán en el «común» y habrán de implicarse con una historia al menos parcialmente nueva. Sentido de situación, en la medida en que los tiempos post-conquista los recluyeron en el folklore del pueblo argentino (ya que, sin su actual acción política, su existencia no tendría envergadura histórica puesto que la conquista del desierto es exaltada en la narración nacional) y aparecen ahora como «indios emergentes». Sentido de valor, por cuanto renuncian a lo que asimilaron en la catequesis, en la cooptación religiosa de distinta índole, en la escuela pública, en los medios de comunicación, en la vida diaria en interacción con paisanos no *mapuce*. Sentido de práctica en tanto lucha social propia.

Las identidades forman un *común político*. Que los habitantes del Desierto retornen es parte de una ruptura en el continuum histórico: insólito y, aparentemente, anacrónico. Desenvuelve, a la vez, un proceso de realidad incierto y un proceso de auto-reconocimiento doloroso, por la derrota, por la vergüenza, por la pobreza, por la incertidumbre. Los estudios de Frontera empiezan ahora a transitar la necesidad de encontrar la coherencia de lo político y reflexionar sobre sus implicaciones (Cf. Althabe 2008).

Agradecimientos

A los pobladores *Mapuce* del Paraje Trompul, de Wilki Menuco y de Rucachoroi, Provincia de Neuquén.

Notas

- ¹ Este artículo se ha elaborado en el marco del Proyecto Innovación de la Enseñanza de Grado (PIIMEG), Secretaría Académica y Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Río Cuarto.
- ² En los noventa, en Cutral-có, ellos fueron también protagonistas del primer *piquete* que tuvo lugar en la Argentina, durante la aplicación de políticas neoliberales.
- ³ Para algunos de ellos, el proceso se encamina hacia su propia independencia; para otros solamente hacia un reconocimiento de un particularismo popular.
- ⁴ Los famosos jefes Namuncurá y Sayhueque se entregaron, respectivamente, en marzo de 1884 en Fortín Pulmarí (extremo oeste del lago Aluminé) y en enero de 1885 en el fuerte Junín de los Andes.

Referencias Bibliográficas

AGAMBEN, G. 2007 *Estado de excepción*. Adriana Hidalgo Editora. Buenos Aires.

- ALTHABE, G. 2008 Entre varios mundos. En: *Gérard Althabe: Entre varios mundos. Reflexividad, conocimiento y compromiso*. Hernández, V. y M. Svampa (editoras). Prometeo. Buenos Aires.
- AUGÉ, M. y J. P. COLLEYN 2005 *Qué es la antropología*. Paidós. Buenos Aires.
- BECHIS, M. 1998 La etnia mapuche en el siglo XIX, su ideologización en las Pampas y sus intentos nacionalistas. *Revista de Estudios Trasandinos*. Año II, N° 3: 139-162.
- DELRIÓ, W. 2005 *Memorias de la expropiación. Sometimiento e incorporación indígena en la Patagonia, 1872-1943*. Universidad Nacional de Quilmes. Buenos Aires.
- DJENDEREDJIAN, L. 2008 *La agricultura pampeana en la primera mitad del siglo XIX. Historia del Capitalismo agrario pampeano*. Siglo XXI y Universidad de Belgrano. Buenos Aires. Tomo 4.
- DURKHEIM, E. 1988 [1895] *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre la filosofía de las ciencias sociales*. Alianza. Madrid.
- FREUD, S. 1930 *El malestar en la cultura*.
- GORELIK, A. 1999 Buenos Aires y el País: figuraciones de una fractura. En *La Argentina en el siglo XX*. Altamirano, C. (editor). Ariel. Buenos Aires.
- MARX, K. 1867 *El Capital*.
- OGIEN, A. 2008 *Las formas sociales del pensamiento. La sociología después de Wittgenstein*. Nueva Visión. Buenos Aires.
- RANCIÈRE, J. 2007 *El desacuerdo. Política y Filosofía*. Nueva Visión. Buenos Aires.
- ROCCHIETTI, A. M. 2008 *Bajo Fuego. Sociedad y Cultura en la Frontera del Sur*. Universidad Nacional de Río Cuarto. Río Cuarto.
- TAMAGNINI, M. y G. PÉREZ ZAVALA 2002 El debilitamiento de los ranqueles: el tratado de paz de 1872 y los conflictos intraétnicos. En: *Miradas hacia el otro en las fronteras de pampa y Patagonia (Siglos XVIII y XIX)*. Nacuzzi, L. R (comp.) Publicaciones de la Sociedad Argentina de Antropología. Buenos Aires. pp. 119-157.